

Andrés Torres Queiruga

EL DIOS DE JESÚS
APROXIMACION EN CUATRO METÁFORAS

I

LA PREGUNTA HUMANA POR DIOS

1. La larga y difícil pregunta por Dios

a. El Dios desconocido

Cuando san Pablo llega a Atenas y pronuncia su discurso ante el Areópago, empieza con una alusión sugerente y casi inquietante: paseando por la calles y observando los monumentos, había encontrado un altar dedicado "Al Dios desconocido" (Hch 17,23). Posiblemente la inscripción decía "a los dioses desconocidos"; y con probabilidad la intención de la misma era una precaución elemental: la de protegerse contra la ira de esos dioses o la de ganarse su favor. Representaba, pues, como un grito hacia lo desconocido, para conjurar la angustia de su oscuridad o propiciar su gracia posible e incontrolable.

Con ello los atenienses ponían palabra a una ancestral inquietud de la humanidad: cómo es Dios o cómo son los dioses, cuáles sus pautas de conducta, qué puede llegarnos desde ellos... Acostumbrados --demasiado acostumbrados-- a la rutina catequética, que dese pequeños nos hace "saber" tantas cosas de Dios sin "entender" de verdad ninguna, porque todavía no tienen enganche real en nuestra vida, corremos el peligro de no captar la seriedad de esta pregunta. Seriedad verdaderamente mortal para el hombre y la mujer enfrentados al enigma del universo y al misterio de la propia existencia. Un texto sumerio, que se remonta nada menos que al tercer milenio antes de Cristo, lo expresa muy bien:

"Ojalá supiera si estas cosas agradan al dios.

Lo que a uno le parece bien puede ofender al dios;

lo que a uno le parece despreciable puede agradar al dios.

¿Quién puede conocer la voluntad de los dioses del cielo?

¿Quién puede entender los planes de los dioses del abismo?

¿Dónde han aprendido los humanos el camino de un dios?"

(Alabaré al Señor de la sabiduría, II 33-38).

Martín Lutero, siempre genialmente atento a lo misterioso de Dios y sensible --acaso demasiado sensible-- a los costados oscuros de su experiencia, traducirá de modo muy expresivo esta impotencia del hombre para acertar en el conocimiento de Dios. La compasión que Maragall derramará sobre la "vaca ciega" tropezando por todos los caminos, la anticipa Lutero a nuestra propia situación buscando a Dios sin poder encontrarlo:

"La razón juega a la vaca ciega con Dios y topa siempre en falso y golpea siempre fuera de sitio, llamando Dios a lo que no es Dios, al tiempo que no llama Dios a lo que es Dios (...). Por eso cae tan torpemente y da el nombre y gloria divinos y llama Dios a lo que le parece que es Dios sin acertar nunca con el verdadero Dios, sino con el demonio o con su propio parecer gobernado por el demonio" (WA 19, 206-207).

Y el más somero repaso de la literatura moderna nos hace sentir por todas partes ese sentimiento tremendo de (lo que se cree) la "ausencia" o el "silencio" de Dios, con la correspondiente sensación de soledad y abandono. Cuando esa sensación no se traduce en dejar la búsqueda entregándose al ateísmo, se hace en muchos casos interrogación profunda, pregunta lancinante (Rosalía de Castro, Unamuno, Machado...); en otros --tal vez el de la mayoría de los creyentes-- se convierte en ansia íntima, en deseo de encontrar para la propia vida el verdadero rostro de Dios.

b. El humanísimo camino de la Biblia

Aunque pudiera sonar a retórica, constituye realmente una verdad profunda el afirmar que toda la historia religiosa de la humanidad es en el fondo una búsqueda de Dios, de su rostro verdadero. ¿Qué otra cosa son, si no, las religiones? También la religión bíblica. La Biblia está llena de este sentimiento del misterio incomprensible de Dios, no pocas veces con la clara sensación de angustia ante lo desconocido y enigmático. Observando con realismo la tradición bíblica, resulta fácil percibirla en su carácter de aventura humanísima, empeñada en explorar el misterio divino. Todos los libros de la Biblia muestran con claridad las heridas de la lucha, las marcas del largo y difícil camino.

Quedan, por ejemplo, las huellas de un "Dios terrible". Así, es bien conocida la concepción de Yahveh como el "Dios de los ejércitos", que --*pensaban*-- mandaba saquear y destruir, pasar a cuchillo ciudades enteras, sin excluir ancianos o enfermos, mujeres o niños, ni siquiera a los animales (cf., por ejemplo las descripciones horribles de Jos 6,18-27; 7,10-26; 10,28-40); y todo eso, interpretado como mandato expreso del mismo Dios (Deut 13,13-19; 20,10-20). Quedan incluso rasgos de un "dios demoníaco", con decisiones arbitrarias: que en numerosos textos manda pestes y catástrofes, que envía malos espíritus al interior de los hombres (como a Saúl: 1 Sam 16,14-15) e incluso los incita al pecado (como a David: 2 Sam 24), que quiere matar a Moisés en la noche (Ex 4,24-26) y hiere a Jacob junto al torrente (Gén 32,22-32), que mata a un muchacho inocente por tocar el Arca *al querer salvarla* (2 Sam 2,6-10), que manda al profeta endurecer el corazón del pueblo para que no se salve (Is 6,10)...

Traer a colación estos textos no significa un sadismo que se goza en el lado oscuro de los tiempos pasados o en el primitivismo de los autores bíblicos. Es reconocer algo que está ahí y que no se puede ni se debe borrar. Vistos desde hoy, desde nuestra sensibilidad educada por la revolución religiosa de Jesús, resultan ciertamente insoportables. Pero, puestos en su lugar histórico, son en realidad testigos de una búsqueda ardua, de una lucha heroica con el misterio divino.

Es más, bien mirado, son la mejor prueba de la verdad de la Biblia, pues muestran su enraizamiento conmovedoramente humano: el lento progreso de una conciencia religiosa defendiéndose de sus fantasmas, superando poco a poco las proyecciones del inconsciente, educándose en la escuela de la presencia salvadora de Dios a través de nuestras inevitables oscuridades. Hagamos la prueba en contrario: si todo en la Biblia estuviese claro desde el primer momento, si no quedase ninguna sombra del largo camino de siglos ni herida alguna del tremendo esfuerzo de la humanización de todo un pueblo, eso sería la señal segura de que no se trataba de un libro verdadero, nacido de la vida religiosa de los hombres y mujeres. Sería por fuerza o un escrito amañado o una invención tardía e idealizada. Entonces no podría tener contacto auténtico con nuestros problemas reales y por tanto quedaría sin provecho alguno para nuestra vida. Vida humana, que busca y tantea, que sufre la tentación y puede sucumbir al desánimo.

En cambio, al reconocer todo eso y situarlo en su lugar justo como *etapa de un camino*, se convierte en el trasfondo magnífico que nos permite apreciar la aventura

grandiosa de la tradición bíblica. Poco a poco, a base de fidelidad y constancia, a través del recuerdo y la oración, gracias a la intuición y al esfuerzo de aquellos que como los profetas, los salmistas o los "pobres de Yahveh" supieron escuchar con atención al Señor, fueron descubriendo los rasgos verdaderos del rostro divino. Una a una fueron cayendo las deformaciones, para ir dejando espacio a la verdadera y salvadora presencia de Dios. Su justicia, su preocupación por los pobres, las viudas y los esclavos, su santidad augusta, su amor sin medida, su perdón incondicional fueron desplegándose ante la conciencia del pueblo, transformando su conducta y enriqueciendo su vida. Consignada, según las necesidades lo iban requiriendo, en los distintos libros de la Biblia, esa riqueza acabó siendo entregada a la humanidad y así llegó también hasta nosotros.

2. La revelación de Dios y el hablar del hombre

a. Dios se nos revela "cuanto puede"

No nos interesa aquí entrar ni en sutilezas lógicas ni en complicaciones teóricas. Con todo, hay algo que sí es preciso aclarar. Algo que a lo mejor ni siquiera se piensa de modo expreso, pero que por eso mismo puede tener una eficacia más deletérea, puesto que funciona como una evidencia espontánea que ya no se critica puesto que se da por supuesto.

Se trata de un esquema imaginativo que se transmite sin siquiera notarlo y que se nos ha inculcado desde niños: *Dios, que es todopoderoso y lo sabe todo, podía habernos hecho las cosas mucho más fáciles*. Dios podía habérsenos revelado con toda claridad desde el principio, evitándonos así todas esas oscuridades, deformaciones y caídas que atormentan la historia de las religiones. Podía haber sido más generoso --esto ya no se piensa, pero va implícito--, no reservándose sus secretos ni esperando tanto tiempo para ir revelándonoslos uno a uno y con tantas oscuridades. En una palabra, si Dios existe y nos quiere de verdad, bien podía manifestarse sin rodeos desde el principio y entregar generosamente su revelación. ¿No es eso lo que hacen cualquier padre o cualquier madre con sus hijos?

Repito, de ordinario eso no se formula con tan cruda claridad. Pero la verdad es que está ahí agazapado y dispuesto a saltar en cualquier momento a la conciencia expresa. En cualquier caso, en nuestra actual cultura crítica y más bien desconfiada frente a todo lo religioso, siempre hay alguien que estará dispuesto a decirlo y aun esgrimirlo como dificultad o acusación; y muchas veces no resulta tan fácil responder. Por eso es preciso hacer consciente el problema y mirar la dificultad directamente a los ojos.

Como no es este el tema de nuestra reflexión, deberemos contentarnos con una indicación somera. Esperemos de todos modos que baste, pues lo único que pretende es insinuar el camino de salida. Para ello acaso lo mejor es enunciar abruptamente el esquema contrario, el justo, el que responde al fondo más verdadero de la genuina experiencia religiosa: *Dios se revela desde siempre a todos y todo cuanto puede; es la limitación de nuestra inteligencia y de nuestra libertad --nuestra limitación de creaturas-- lo que nos impide a nosotros captar su manifestación, o captarla de modo deficiente y deformado a través de nuestros esquemas conscientes y de nuestras pulsiones inconscientes*.

Puede parecer abstracto, pero basta con dejar a un lado los tópicos y pensar conscientemente la situación para advertir que por ahí apunta la verdad. La comunicación --cualquier tipo de comunicación-- representa siempre una faena difícil. Incluso entre personas situadas al mismo nivel, que se conocen y quieren, resulta imposible evitar toda incompreensión o malentendido. Cuanto mayor es la distancia, más difícil se hace la claridad: piénsese simplemente en las dificultades que trae dentro de una misma familia la simple diferencia generacional. No hablemos ya, analógicamente, de la comunicación con una especie distinta, por ejemplo, con el propio perro.

Pues bien, en cuanto nos asomamos a la distancia --literalmente infinita-- que existe entre Dios y nosotros, se hace obvia la enorme dificultad que por fuerza tiene que atravesar cualquier intento de comunicación. Entre lo Infinito y lo finito, entre lo Absoluto y lo relativo, entre lo Trascendente y lo mundano el "enganche" parece en realidad imposible.

Dios está en otra dimensión, no pertenece a los encadenamientos del mundo; escapa, por lo tanto, a todos nuestros modos normales de percepción y a todas las pautas de nuestra inteligencia, volcada estructuralmente sobre objetos delimitados o personas concretas. Ese es su misterio insuperable. Hasta el punto de que, si se piensa de verdad, lo asombroso no está en que resulte tan difícil la comunicación, sino en que resulte sencillamente posible.

Sólo la apertura "in-finita" del espíritu humano, que, como experimentamos cada día, no puede ser plenamente satisfecho por nada finito --no hay amor total ni conocimiento perfecto--, puede permitirnos intuir la posibilidad de un encuentro con Dios. (Los escolásticos, que analizaron bien la dificultad, hablaban más cautamente de "la no repugnancia" de un encuentro). Pero, obviamente, esa posibilidad ha de desarrollarse en la punta suprema de nuestro esfuerzo, y gracias a la voluntad decidida de Dios --digámoslo así-- que lo intenta por todos los medios. Visto de ese modo, el proceso de la revelación cambia radicalmente de perspectiva y se comprende bien el esquema imaginativo que proponemos: Dios hace todo lo posible por manifestarse, pero nosotros apenas somos capaces de captar nada.

Para hacerlo intuitivo, pensemos en una madre o en un padre que quieren comunicar toda su sabiduría a un hijo pequeño. Tienen mucho que decir y, desde luego, no les falta amor para querer compartirlo. Pero su empeño está forzosamente limitado por las capacidades del niño: con tres años, aunque se agoten, apenas podrán enseñarle nada; a medida que vaya creciendo, la comunicación logrará ir aumentando, y sabemos por experiencia a costa de cuantos esfuerzos, crisis y malentendidos se logra cualquier pequeño avance en la educación.

La aplicación a la revelación divina resulta obvia. Y ahora comprendemos lo inadecuado de nuestro lenguaje: no es que Dios "no pueda" revelarse más y mejor desde el principio; es que "no se puede", porque "no podemos nosotros". A lo que, encima, ha de sumarse que muchas veces no es siquiera la simple incapacidad que no puede, sino también la malicia o el egoísmo humanos que no quieren. Por eso, si antes presentábamos el proceso de la tradición religiosa como el largo esfuerzo del hombre por ir conociendo algo del misterio divino, ahora podemos verlo más bien como *el tenaz empeño de Dios por dárseos a conocer a pesar de todas las dificultades y de todas las infidelidades*. No la reserva tacaña, sino la generosidad sin límites que se entrega a nuestra historia --hasta la sangre de su Hijo-- para comunicarnos su luz, su amor y su salvación.

Esto nos llevaría ahora a hacer ver que esta entrega la hace a todos los hombres, en todas las religiones. Por tanto, no sólo en la Biblia. Lo que sucede es que a cada cultura y a cada época Dios sólo se les "puede" comunicar en cuanto son capaces de captarlo en la propia circunstancia y según las propias capacidades. Dios está, pues, con todos y no abandona a unos --en nuestro caso, las demás religiones-- mientras atiende otros --la religión bíblica--. Además, *todo está destinado a todos*: lo que logra comunicar a unos no es para que se lo guarden o acaparen, sino para que lo comuniquen y lo compartan. De ahí la necesidad de la *misión*, no como imposición colonialista, sino como ofrecimiento fraternal --para "dar gratis lo que gratis se ha recibido" (Mt 10,8)--; y de ahí la importancia del *diálogo entre las religiones*, donde todas tienen algo que dar y algo que recibir.

Esto reviste hoy una importancia extraordinaria, pero tampoco puede ser ya nuestro tema. Ahora vamos tan sólo a hacer unas indicaciones acerca del modo como podemos comprender y expresar en nuestro lenguaje humano eso que Dios ha logrado manifestarnos.

b. Hablar de Dios en metáforas

Todo lo anterior tenía por objeto aclarar los presupuestos y delimitar en lo posible la tarea concreta de esta reflexión: intentar comprender lo mejor posible el rostro auténtico de Dios tal como ha logrado manifestárnoslo en la historia. Ni siquiera podemos atender a lo manifestado en todas las tradiciones religiosas. Nos concentraremos en nuestra tradición bíblica, apoyándonos sobre todo en su culminación a través de la palabra y las obras, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret.

Jesús el Cristo va a constituir nuestra referencia fundamental, porque *creemos* que en él no sólo converge lo mejor de nuestra tradición, sino que él la ha elevado, desde su experiencia única de Hijo, a una altura definitiva e insuperable. Lo cual no significa una imagen paralizada o estática, pues lo que él vivió en *su* circunstancia histórica tenemos que actualizarlo nosotros en la *nuestra*. Además, en su apertura al "Padre que es mayor que yo" (Jn 14,28) --que, por lo tanto, tampoco puede abarcar ni expresar históricamente todo el misterio de Dios-- nos permite asumir aquellos aspectos particulares que otras tradiciones religiosas han podido articular mejor que la nuestra (a eso se refiere el diálogo aludido: no se trata de un exclusivismo imperialista). Esto, lejos de disminuir la grandeza de Jesús, la sitúa en su auténtica dimensión de amor y gratuidad, de comunión auténtica y fraternal que suscita historia y vive en nuestras vidas (cf. Gál 2,20).

Una definición afortunada lo presenta justamente como una "parábola de Dios". Y eso significa que, si queremos saber cómo es Dios, cómo nos ve y se comporta con nosotros, no tenemos mejor camino que el de mirar para Jesús. Porque este hombre --verdaderamente hombre, incluso con las inevitables limitaciones de una vida humana situada en un cuerpo, un espacio y un tiempo-- en sus actitudes fundamentales, en sus modos de comprender, sentir y actuar, nos está insinuando y mostrando al Padre. Si prolongamos, como una flecha indicadora, eso que él es, estamos seguros de apuntar hacia Dios: servicio al pobre, amor y ternura, preocupación por el hombre más allá de toda ley y poder, respeto a todos, falta de egoísmo... Por ahí, es por donde, con toda certeza, podemos estar seguros de que se nos aparece el Señor y se nos descubre su verdadero rostro. Cualquier cosa que pensemos o digamos de Dios, no estará mal que la contrastemos siempre con las actitudes concretas de Jesús de Nazaret.

Lo que sigue quisiera constituir una ayuda para ese proceso. Cabría intentar hacerlo de un modo "sistemático", dejándose llevar por el pensamiento, a partir de un núcleo fundamental, para ir explicándolo de una forma continuada. Pero he preferido escoger unas cuantas metáforas o perspectivas, como *flashes* que puedan quedar en la memoria, encendiendo la imaginación y acaso convirtiéndose en puntos de cristalización de ideas, sentimientos y vivencias.

El símbolo o la metáfora, en efecto, es algo que choca con nuestra fantasía creadora, estalla en ella y desencadena el pensamiento. Recuérdese la famosa frase de Kant, que luego popularizó Paul Ricoeur: "el símbolo da qué pensar". La intención de lo que aquí vamos a proponer es, pues, la de darnos a todos qué pensar y orientarnos para ver por dónde se nos presenta Dios. Incluso aconsejaría al lector o lectora que tomen la iniciativa y se abran a las posibles asociaciones o sugerencias que en su espíritu y desde su biografía puedan surgir al filo de la lectura.

Se comprende, pues, que el recurso al lenguaje simbólico no es un capricho. Obedece a una necesidad profunda y, en el fondo, equivale a una confesión anticipada de la derrota del pensamiento ante el misterio divino, que lo sobrepasa, lo rompe y lo desborda. De Dios podemos y debemos decir muchas cosas, pues nos es necesario para nuestra vida, que no puede ser humana sin expresarse en la palabra. Pero debemos ser muy conscientes de que, en definitiva, todo lo que digamos serán siempre eso, palabras *humanas*, impotentes ante el Misterio, el cual siempre queda por fuerza mucho más allá de lo que ellas pueden expresar. El recurso a la metáfora que, más que decir, insinúa; que dice justamente lo que no dice (en el significado inmediato de sus términos); que, como del oráculo de Delfos decía Heráclito, "no afirma ni niega sino que hace señas", supone el medio menos inepto de que disponemos para abrirnos al Misterio inasible.

Con todo, de algo podemos estar seguros, y en ese algo se van a apoyar decididamente estas páginas, que quieren dejar de ello absoluta constancia: *ese Misterio es amor*. Así se nos ha ido revelando en la historia religiosa más auténtica, y, si alguna duda podía haber, Jesús la ha disipado por completo. Por eso podemos vivir en la confianza plena y total. No disponemos de ese Misterio ni llegaremos nunca a comprenderlo, pero sabemos ya de modo definitivo lo único que en realidad interesa: que venga lo que venga de él, siempre será desde el amor y para nuestro bien. Para nuestra salvación.

Vamos a tomar cuatro metáforas, de enorme fuerza simbólica, que aluden a dimensiones fundamentales y abren amplias perspectivas sobre el Misterio amoroso de Dios. Tiene orígenes diversos, y su exégesis no pretende someterse al sentido estricto que pudieran tener en el contexto original. Más bien se intenta aprovechar su sugerencia, dejando que nuestro espíritu avance libre por el espacio que ellas abren hacia la intimidad de Dios. El criterio decisivo será únicamente el proporcionado por su focalización en Cristo: él será el punto de referencia constante que confiera la configuración última de ese espacio hermenéutico, él será el criterio definidor que vaya concentrando su múltiple sugerencia. En la metáfora final la experiencia misma de Jesús se convertirá ya en la guía directa en nuestro camino a la búsqueda de la imagen verdadera de Dios, del rostro auténtico que el Señor vuelve desde siempre hacia nosotros.

Un rostro tan grande y tan humilde, tan elevado y tan inauditamente gratuito y entregado, que en realidad no somos capaces de creerlo. Con todo, vale la pena exponerse a su irradiación, para que su luz vaya disolviendo nuestra incapacidad, puliendo poco a poco ese "espejo donde vemos oscuramente", hasta aquel día en que "cara a cara" podamos conocer a Dios tan limpia e íntimamente como él nos conoce a nosotros (cf. 1 Cor 13,12).

II EL ROSTRO DE DIOS EN NUESTRA HISTORIA

1. Dios, "el fundamento del ser" (Paul Tillich)

Esta primera metáfora, de sabor tradicional y espontáneo, fue muy cultivada y de algún modo popularizada por Paul Tillich, un teólogo alemán que por culpa del nazismo tuvo que emigrar a Norteamérica, donde tuvo y sigue teniendo un gran influjo. Situaba a Dios en aquello que se manifiesta en los intereses más hondos del hombre, que los afecta como su "preocupación última" (*ultimate concern*). Y en esa perspectiva Dios aparece ante todo como el "fundamento del ser" (*the ground of being*, en inglés; *der Grund des Seins*, en alemán).

Al insistir en esto, Tillich está operando una importante inversión imaginativa. Normalmente ponemos a Dios muy lejos, por encima de las nubes: un Dios fuera de nosotros; muchas veces, frente a nosotros y aun contra nosotros, como el gran ojo policíaco que controla nuestras vidas. La nueva metáfora (que popularizó el obispo anglicano Robinson en su famoso libro *Sinceros para con Dios*) trata de contrastar este fantasma. Dios no está fuera sino dentro: está en la base, en los cimientos. Es el fundamento del ser. Es nuestro fundamento.

a. Dios, cimiento y fuente

La insistencia es nueva, pero la verdad de lo que dice había sido detectada por la conciencia religiosa. Las "ideas" pueden poner a Dios lejos, por encima del cielo, haciendo de él un Absoluto abstracto, aristotélico. Pero observad la vida concreta de las religiones, observad la Biblia. Allí aparece de otro modo, mucho más cercano. Dios como roca, Dios como castillo: como la fortaleza en que nos sentimos seguros. Dios es refugio, muralla protectora, escudo, abrigo y descanso. Cuando todo se tambalea en el mundo, cuando nos sentimos angustiados y como ahogándonos, podemos decir: en Dios hacemos pie; estando con él, tenemos seguridad. Puede que no lo veamos con claridad y puede que nuestra inteligencia ande muchas veces perdida, pero sabemos que en Dios encontramos refugio y descanso.

Valdría la pena repasar, con esta intención en la mente, los Salmos y los profetas: se vería cuánta invocación confiada, cuánto sentimiento de alivio y seguridad aparecen en ellos. De hecho, resulta significativo observar cómo en el Antiguo Testamento la *fe* misma tiene que ver con la solidez y la seguridad, con la confianza en el fundamento que no falla: en la palabra *amén* tenemos todavía una de esas raíces, que indica el asentimiento seguro, la confianza firme de que quien se apoya en Dios puede, en el fondo, vivir tranquilo.

Al mismo tiempo, Dios no es fundamento estático e inmóvil. Dios es *fuentes viva*: un fundamento que es origen continuo y surgir permanente. También aquí abundan los símbolos y metáforas: Dios como aliento ("espíritu"), Dios como fuerza e impulso, como fuente de agua viva. Que por eso provoca la sed y el deseo, la añoranza del encuentro:

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

(Sal 42,2)

Toda esta sugerencia simbólica, siempre presente de un modo o de otro en la experiencia religiosa, indica cómo nuestro ser no sólo se apoya en Dios, sino que lo hace porque está como surgiendo y manando continuamente de él. Estamos puestos en el ser porque Dios nos sustenta activamente: de alguna manera, Dios está siendo a través de nosotros, manifestándose en nosotros y empujándonos para que caminemos, avancemos y seamos más.

b. "Deus est res cunctas"

Hay una frase que me ha fascinado desde que la conozco. Su autor es Schelling, el gran filósofo idealista, siempre dramáticamente obsesionado por las profundidades del misterio divino. Con una falta --garrafal, pero intencionada-- en la gramática latina, dice algo asombroso: "Deus est res cunctas". Tenía que decir: "Deus est res cunctae". Es decir, pone en acusativo el atributo que debía ir en nominativo.

Al hacerlo, junta osadamente dos ideas: Dios *hace* todas las cosas y Dios *es* todas las cosas. Si digo simplemente: Dios *hace*, marco la distinción, la exterioridad de todo respecto de Dios. Lo cual es verdad. Pero no es toda la verdad, porque las cosas no están fuera de Dios como la mesa está fuera del carpintero. Estrictamente hablando, "fuera" de Dios no hay ni puede haber nada; todo está de algún modo en Dios, pues todo surge de él y por él está siendo continuamente sustentado en su ser. Si digo: Dios *es* todas las cosas, marco esa unidad, pero corro el peligro de perder la distinción que, a pesar de todo, hay entre Dios y las creaturas. Sólo si intentamos dar al verbo ser un valor transitivo, podemos tener una lejana intuición de ese misterio que Schelling intenta expresar: Dios *es/hace* todas las cosas; se identifica con lo real justo porque lo hace ser. Dios *es dinámicamente* todas las cosas.

Se trata ciertamente de una frase fascinante, que da mucho que pensar. Y no como curiosidad especulativa sino como sugerencia vital e incitación religiosa. Todo nuestro ser y toda la realidad están *siendo sidos* por Dios, digámoslo así. La misma dificultad de la expresión muestra cómo cuando el lenguaje llega a estos confines, tartamudea y balbucea, no es capaz de decir lo que quiere. Pero precisamente por eso nos interesa, despierta nuestra imaginación y espolea nuestra inteligencia: este ser sidos por Dios, este sentirnos empujados por él desde la raíz de nuestro ser, nos pone en situación de intuir que nuestra vida está naciendo como una agua viva de esa fuente primordial, desde el fecundo abismo de la Divinidad.

Lo ahí balbucido representa seguramente una de las intuiciones religiosas más profundas. Todos los místicos y no pocos filósofos --Hegel luchó toda su vida por dar forma conceptual a esta intuición-- tratan de expresarla en el esfuerzo por comprender y fomentar este *dejarse ser* por Dios. En el Nuevo Testamento aparece reflejado en aquellas magníficas palabras de san Pablo en el Areópago, justo después de hablar del "Dios desconocido" al que "buscamos a tientas": "En realidad, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos. Así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas: 'Sí, estirpe suya somos'" (Hch 17,27-28). El mismo san Pablo en la epístola a los Gálatas lo dirá de otro modo, con acentos explícitamente cristológicos: "ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20).

c. Vivir desde Dios

Las consecuencias son enormes. Ante todo, se abre ahí un espacio inagotable de oración: de tomar conciencia y vivenciar esta característica última de nuestro ser. No sólo recibimos "bienes" de Dios: de sus manos estamos recibiéndonos constantemente a nosotros mismos; todo nuestro ser es una palabra suya, una posición de su amor activo y salvador. Habría que dejar mucho tiempo y mucho espacio psicológico para que esta verdad abisal nos vaya empapando y transformando.

Porque se trata de un recibirse acogedor y activo. Permitir que emerjan esos dinamismos profundos del ser, esas aspiraciones hondas por donde se muestra la fuerza creadora del Espíritu de Dios. Resulta significativo que cuanto más se profundiza en la intimidad humana --la psicología humanista, aun reconociendo que a acaso a veces con cierto optimismo, ha dicho aquí cosas muy interesantes--, más bondad aparece en las raíces de todas las personas. A menudo lo que necesitamos es simplemente acoger esa savia profunda que sube desde lo hondo y dejarla florecer en la verdad de la vida. Se trata de dejarse coger por Dios: no conquistarlo ni convencerlo, sino acogerlo y consentir a la presión gratuita de su presencia salvadora.

Sin duda, que no podemos ser ingenuos: también existe mucho mal en el corazón del hombre, siempre aparecen en nosotros tendencias a la desviación, a la inercia, al

egoísmo; padecemos traumas, condicionamientos e incapacidades. Pero sigue en pie lo principal: por debajo de todo, existe algo que está siempre germinando y brotando, manando desde el fondo, desde la raíz del ser. Hay como una bondad originaria que, si la dejamos ser en su pureza --desde la fe podemos estar seguros--, en ella se manifiestan la realidad y la fuerza salvadora de Dios.

¿No es esa, en definitiva, la gran verdad de la creación? La verdad originaria de nuestro ser es el dinamismo inocente que sale directo de las manos de Dios. Luego, al difractarse en la historia, chocando contra las durezas de lo real, flojamente sostenido por la endeblez y los condicionamientos de nuestra libertad finita, sometido a la inercia y entropía del egoísmo, no se realiza jamás a la perfección y se pierde muchas veces, cayendo de su impulso originario y pervirtiéndolo por los tortuosos caminos del pecado. Es lo que la narración bíblica expresa maravillosamente en la simbólica del pecado original. Pero la Biblia mantiene muy bien el equilibrio: el pecado no está en el centro, sino que queda dimensionado como *perturbación* en un proceso de gracia, entre la inocencia del proyecto primigenio de Dios y la realización final en la limpia gloria del amor que triunfará sobre la maldad y la muerte.

De ahí también lo impropio y equívoco de esas concepciones que presentan a Dios creando al hombre "para que le sirva". Pero ¿es que Dios precisa que le sirvamos, él que es la plenitud del ser y el gozo infinito de la comunión y la identidad? La religión mesopotámica tomaba a la letra esa expresión. El *Enuma Elish*, el poema babilónico de la creación, describe así el propósito de Marduk: "En verdad un hombre salvaje crearé. / Se le encargará el servicio de los dioses / para que puedan reposar". Pero no es esa la intención del Dios bíblico. En todo caso, es él quien quiere servirnos a nosotros, que se pone verdaderamente a nuestro servicio: él nos trae al ser y se aplica con todo su amor a ayudarnos en *nuestra* realización, para que vayamos adelante, para que sepamos encontrar nuestro camino, para que seamos capaces de soportar el peso de la existencia e ir construyendo nuestra persona, nuestra sociedad y nuestra historia.

Si este lenguaje simbólico nos parece atrevido, verifiquémoslo y contrastémoslo con Jesús, la gran parábola de Dios. Sus palabras acerca del "estilo divino" son inequívocas, e incluso polémicas con la concepción contraria: "No será así entre vosotros... Igual que el Hijo del hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos" (Mt 20,26-28).

2. Dios, "el gran compañero" (A.N. Whitehead)

La segunda metáfora está tomada de un filósofo inglés, que también enseñó en los Estados Unidos y que pasó de la matemática a la metafísica: Alfred North Whitehead. Se convirtió en el iniciador de todo un estilo de Filosofía de la Religión que personalmente no comparto en todos sus puntos, pero al que hay que reconocer una gran fecundidad y sugerencia. De hecho, a través de la Filosofía y la Teología del Proceso está teniendo un vasto influjo.

a. Dios, a nuestro lado

Su intención más directa se dirige a asegurar que Dios no es algo estático ni fuera de la realidad, sino alguien inmerso en el mundo y comprometido con la marcha de su historia. Llega incluso a afirmar que Dios, en su "naturaleza consecuente", se va realizando con el realizarse del mundo, de suerte que al final se verá completada su perfección. Tomada en su rigor metafísico, esta concepción la creo injusta. Pero leyéndola desde una actitud religiosa, de relación personal y compromiso en el amor, sí que puede enunciar simbólicamente una verdad importante: si Dios es realmente amor comprometido con la realidad del mundo, interesado en ella hasta la entrega total, resulta indudable que a medida que esa realidad avanza, también el amor de Dios se *realiza* verdaderamente (recuérdese con Schelling: se realiza en esa realidad que él es/hace).

En cualquier caso lo que ahora directamente interesa es que en la obra principal, *Proceso y Realidad*, el filósofo aporta, ya hacia el final, una "definición" de Dios que para

mi representa una de las más hondas y bonitas que se han dado en la historia del pensamiento religioso. Dios es para Whitehead "el gran compañero, el que sufre con nosotros y nos comprende"; o más literalmente: "el gran compañero, el camarada en el sufrimiento, que comprende" (en inglés: *the great companion -the fellow sufferer who understands*).

¿Por qué resulta tan importante y sugestiva esta definición? Porque rompe también el esquema normal, tremendamente arraigado: Dios por encima de nosotros, mandando, exigiendo y juzgando. No lo vemos a nuestro lado, como nuestro compañero y aun como nuestro cómplice, sino, por el contrario, como nuestro rival y nuestro amo. Los miedos y fantasmas inconscientes, la educación escolar y ambiental, las mismas predicaciones que escuchamos... todo va imponiendo una imagen de Dios "al otro lado" de nuestra confianza, nuestra espontaneidad y nuestros intereses: un dios que ordena y controla, para, al final, premiar o castigar.

Debo confesar que, cuanto más lo pienso, más injusta y aun monstruosa me parece esta concepción. Monstruosa y blasfema (ya se entiende que no hablo de intenciones subjetivas) para un Dios que se nos ha definido como *amor* y se nos ha manifestado como *servicio*.

b. Contra la "ira de Dios"

Dios es verdaderamente el *Inmanuel*, el Dios con nosotros, el que está siempre a nuestro lado, frente a las amenazas y a las dificultades, las cuales vendrán siempre del otro lado (contra él y contra nosotros). Por eso nuestra actitud no puede ser de temor. La primera carta de san Juan lo vio muy bien: el temor es deshonesto para con Dios; es una ofensa, sutil pero honda, contra su amor: "En el amor no existe temor; al contrario, el amor acabado echa fuera el temor, porque el temor anticipa el castigo; en consecuencia, quien siente temor aún no está realizado en el amor" (1 Jn 4,18).

Esto ha de aplicarse con toda consecuencia. De ahí que tampoco me gusta la famosa definición que Rudolf Otto tomara de san Agustín y popularizó en el pensamiento actual: Dios como *fascinans et tremendum*. Tuvo, sin lugar a dudas, mucho valor como aportación a la Fenomenología de la Religión y como legitimación de la idea de Dios en el discurso filosófico riguroso. Pero eso de que Dios sea "tremendo", con las connotaciones que --más allá de la adoración y el respeto-- conlleva ordinariamente, no es verdad. No lo es del Dios de Jesús, que se ha revelado como amor, perdón y confianza.

Por eso también hemos de tener incluso cuidado con las mismas expresiones de la Biblia en ciertos pasajes: "ira de Dios", "cólera de Dios", "castigo de Dios"... están ciertamente ahí, escritas en un momento y en un lugar, y no hay por qué tacharlas. Seguramente tuvieron su utilidad para la "educación del género humano", como diría G.E. Lessing. Pero pertenecen a una época pasada, a una etapa en el descubrimiento de Dios, y esa etapa está ya larga y definitivamente superada en Jesús. Usarlas hoy, significa incurrir en una retórica peligrosa; más peligrosa porque muchas veces se viste de acentos teológicos (sean luteranos o barthianos).

Dios, como él es en sí y quiere ser para nosotros, no puede darnos miedo: lo que sí puede es "fascinarnos", y los que verdaderamente entran en contacto con él lo dicen con palabras rotas por la admiración o con el silencio del éxtasis gozoso sobre toda medida. El respeto ante Aquel que nos desborda, ante su grandeza y majestad, ante su amor sobre toda medida; el abrir de asombro los ojos ante la gloria y el misterio: eso sí. Pero el temor, no. El *pavor numinoso*, el *Rex tremendae maiestatis* pueden tener un sentido; pero resultan psicológica y religiosamente muy peligrosos, y sobre todo --repetámoslo-- *ya no* son cristianos. Jesús nos ha descubierto que ante Dios no hay que vivir en el temor, sino en la confianza. No esclavos, sino hijos.

Los temores pueden estar en nosotros y, con seguridad, acabarán saliendo muchas veces a la superficie. Pero estarán ahí a pesar de Dios: son el caos que el quiere ordenar, la tiniebla que se esfuerza en vencer con su amor creador y su gracia salvadora. Cuando él es descubierto, lo que reina es la fascinación, el deseo de su rostro verdadero y de la comunión

en su compañía. El Salmo 73 lo expresa de modo admirable. Y lo expresa desde el realismo de una crisis terrible, en la que el salmista está a punto de "resbalar" abandonándolo todo, porque Dios le parece tremendo e injusto. Mas cuando, de repente, cae en la cuenta y descubre algo del rostro auténtico de Dios, su exclamación es la confianza total:

Pero yo siempre estaré contigo, tú agarras mi mano derecha,
me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso.

¿A quién tengo yo en el cielo?

Contigo, ¿qué me importa la tierra?

Aunque se consuman mi espíritu y mi carne,
Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo.

(Sal 73,23-26)

c. El misterio del mal

He ahí la experiencia religiosa auténtica, brillando a través de la crisis y anticipando algo de lo que culminará en Jesús. Desde ella se comprende lo falso y desenfocado de tantas preguntas ante el misterio del mal. Cuando aparece la enfermedad o la desgracia, cuando arremete el sufrimiento, surgen los esquemas falsos y muchos exclaman todavía: ¿por qué me manda Dios esto, a mí? ¿por qué no me libra de este mal? ¿por qué me prueba o me castiga así? Con lo cual Dios queda separado y enfrentado, del lado del mal y contra nosotros.

Tal vez ahora comprendamos algo mejor que esas preguntas son falsas y esa actitud, radicalmente injusta con el Dios de Jesús, que se mostró siempre y exclusivamente a nuestro lado, contra todo lo que nos hace daño: enfermedad o pobreza, egoísmo o pecado. La reacción auténtica tiene que ser justamente la contraria: sé que el Señor está de mi lado contra esta agresión de la naturaleza o esta injusticia de los hombres, está volcado sobre mi ser y mi realización, le da pena mi desgracia y sufre con mi enfermedad.

Para no seguir hablando en abstracto, pongamos un ejemplo cotidiano. Si vemos a una madre al pie de su hijo enfermo en la cama o si vemos a un hombre al lado de su mujer que sufre un cáncer incurable, no se nos ocurre pensar: ¿por qué esta madre pone enfermo a su hijo o por qué este marido permite que sufra su mujer? Todos asumimos espontáneamente que el enfermo lo está *a pesar* de la persona querida y que ésta ha hecho y hace todo lo que puede para evitar y remediar el mal; y que, si a pesar de todo, el sufrimiento resulta inevitable, ella sigue entregada y com-padeciendo, animando y ayudando al enfermo. Estará con él apoyándole para que afronte la enfermedad y trate de darle un sentido, para que no se sienta inútil, absurdo o abandonado.

¿Por qué no reaccionamos de la misma manera al pensar en Dios? ¿Acaso nos ama menos que un padre o un esposo o un amigo? ¿Acaso Jesús, su parábola, se mostró alguna vez indiferente ante el sufrimiento, o desinteresado del dolor y la desgracia?

Conviene hacer estas preguntas y sentir su choque y aun su "escándalo". Son las auténticas en el plano religioso y deberían ser las primeras en el plano reflexivo, puesto que sitúan la cuestión en su lugar verdadero, el de las relaciones personales entre Dios y nosotros. Pero ya sabemos que de ordinario no sucede así. Nos da miedo verle "impotente", "sufriendo" con nosotros y esforzándose a nuestro lado para hacer lo posible frente al mal y el dolor. Entre nuestra percepción de su amor compasivo y misericordioso y los sentimientos correspondientes se interpone todo un imaginario cultural lleno de las imágenes de un Dios arbitrariamente todopoderoso. Un Dios que hace y deshace, ordena y manda, derrota y castiga, cura o mata según quiera.

Hemos de reconocer que son muchas las expresiones bíblicas que refuerzan esta imagen y que, además, tienen fuerza porque expresan un fondo de verdad, a saber, que Dios es Señor del universo. De ahí también tantas oraciones y súplicas para que haga esto o suprima aquello... y tantos callados resentimientos porque el "milagro" no se produce. Existe todo un ambiente, todo un conjunto de supuestos y sobreetendidos, para que en este gravísimo asunto surjan inevitables la ambigüedad y la confusión. Se produce así una auténtica "mala conciencia" ante el doble mensaje de un Dios que, por un lado, es la pura

bondad y la irrestricta omnipotencia; pero al que, por otro, hay que tratar de convencer -- "Señor, escucha y ten piedad"-- para que se decida a intervenir... y que parece hacerlo muy pocas veces. La contradicción está ahí y se percibe sordamente, pero el habla común no se atreve a confesarla ni siquiera a formularla.

Tales afirmaciones pueden parecer irreverentes. Pero espero que a estas alturas el lector comprenderá que nacen únicamente de un profundo respeto al misterio de Dios y de una preocupación por no lesionar su "honor" con nuestras palabras tópicas o nuestras afirmaciones ligeras. Al Señor no se le honra con la confusión o las medias verdades, sino con la verdad posible y con la claridad que nace de la humilde acogida de su verdad revelada en Cristo. Ni se proclama mejor su grandeza acentuando los fantasmas de una omnipotencia arbitraria (nacidos, en el fondo, de nuestra voluntad de poder) frente a la imagen real de su amor entregado, consecuente con la dignidad de la creación con sus leyes propias y exquisitamente respetuoso con nuestra libertad humana.

Un problema ciertamente hondo, que personalmente lleva años preocupándome y al que la teología deberá todavía atender con mucha mayor intensidad. Estoy convencido de que, en nombre de una "piedad", sincera pero superficial, se puede ser horriblemente injustos con Dios y hacernos mucho daño a nosotros mismos.

d. El mal inevitable

No cabe entrar en grandes disquisiciones ni en el detalle de argumentos que he tratado de exponer en otros escritos. Pero quisiera enunciar lo esencial, en la esperanza de que el contexto ayude a ver la dirección a donde apunta.

El mal no es algo que esté ahí porque Dios lo quiere, ni siquiera porque Dios lo *permite* (ya decía Kant que una "permisión" en un ser "que es causa total y única del mundo" equivale a un querer positivo; y el mismo derecho penal castiga no sólo al que causa directamente el mal, sino también al que, pudiendo, no lo evita). El mal está porque, siendo como es la realidad finita, no puede no estar; resulta de todo punto inevitable. Si somos pequeños, si el mundo es limitado --y no puede no serlo puesto que es finito--, resulta absolutamente inevitable que aparezca el mal. El paraíso en la tierra enciende la imaginación y puede tener su función como *mito*; pero en lógica estricta es un absurdo, una verdadera "tontería". O no hay mundo o, si lo hay, dado que no puede ser Dios, tiene que ser pequeño, limitado, con desajustes y conflictos, con insatisfacciones y sufrimientos... con mal.

Basta con pensarlo un poco para ver que, de existir el mundo, el mal resulta inevitable; o, dicho de modo un poco pedante, es metafísicamente insuprimible. Dios, si podemos hablar así, tenía la alternativa de crear el mundo o de no crearlo. De crearlo, tendría que ser un mundo *real*: un mundo en el que hay que nacer y crecer, en el que hay que morir; donde si estás en un sitio, no puedes estar en el otro; donde si eres hombre, no puedes ser mujer; donde si atiendes a uno, no puedes atender a otro... Lo cual a nivel físico comporta incompatibilidades y posibles catástrofes; a nivel biológico, sufrimientos y enfermedades; a nivel moral, posibilidad de injusticia, egoísmo y opresión.

Para vivir hay que comer, y para comer hay que matar, por duro que suene: incluso el vegetariano más estricto y convencido tiene que alimentarse a costa de la vida (Albert Schweitzer, aunque lo intentó para su ética, no pudo mantener hasta la última consecuencia su principio supremo del respeto a la vida). Y lo mismo sucede con la libertad: es el don más grande, que nos hace capaces de lo mejor; pero es un don limitado y, por lo mismo, nos expone también a lo peor: al error, al egoísmo, al crimen, al pecado. Eliminar esa terrible posibilidad, significaría anular la libertad y matar a la persona. Eliminar el mal del mundo supondría un continuo milagro, un continuo estado de excepción para sus leyes, robándole su seriedad y convirtiéndolo en un juguete, en una marioneta ridícula: equivaldría a eliminar el mundo. Dios es mucho más serio y respetuoso que todo eso: si crea un mundo, lo apoya con toda la fuerza de su amor, respetando sus leyes físicas y dejando espacio a la libertad humana.

Cabría pensar en un mundo organizado de otra manera. Pero seguiría siendo finito: no tendría *estos* males del nuestro, mas tendría los *suyos*, los correspondientes a sus estructuras (si hubiese habitantes en otro planeta, no padecerían *nuestras* enfermedades ni afrontarían *nuestros* problemas, pero no podrían evitar *sus* enfermedades y *sus* problemas). Dicho drásticamente: supuesta su necesaria finitud, un mundo-perfecto sería un círculo-cuadrado, un absurdo: al enunciarlo, unimos palabras y parece que decimos algo; en realidad, no decimos nada.

e. Dios, el anti-mal

Claro que entonces cabe preguntar si en esas condiciones valía la pena crear el mundo. Una pregunta muy seria, que, de un modo o de otro, cada persona tiene que afrontar y que, en el fondo, todos respondemos con nuestra propia vida.

La experiencia vital tiende a afirmarlo con el simple hecho de respirar, agarrarse a la vida y engendrar hijos. La conciencia religiosa intuye con seguridad que si Dios se ha decidido a crear el mundo, es porque, *a pesar de todo*, la existencia vale la pena. Subrayo "a pesar de todo", porque el reconocimiento del valor de la existencia no ciega para ver su dureza. Por eso es problemática y muchas veces plantea el oscuro interrogante de su crueldad. Simplemente hay que insistir en que es dura por sí misma, por la necesidad intrínseca de su finitud, no porque lo quiera Dios pudiendo haber querido otra cosa. Lo es para creyentes y no creyentes por igual. La diferencia está únicamente en el modo de interpretarla y afrontarla. Al creyente no se le ahorra nada, pero cae en la cuenta de que no estamos solos en la lucha y el esfuerzo: en la misma fuerza del amor, del trabajo, del compañerismo, de la convivencia, de la poesía, de la belleza, de la entrega a los demás... descubre la presencia de Dios que nos apoya y acompaña. Desde la fe, esto vale para todos los hombres, sean creyentes o ateos: que nosotros no advirtamos a Dios, no significa que él no nos conozca a nosotros y no esté a nuestro lado.

No me gusta, ni me parece buen camino, disminuir la importancia del mal para afirmar la importancia de la vida. El creyente, como los demás, sabe que no todo son rosas. No ignora el mal, pero confiesa que ese mal está traspasado por la fuerza de la vida y que esa vida está habitada por la gracia. Por eso cree que el hombre puede afrontar en la confianza la aventura de la vida. Con Lutero y con Hegel puede, sin faltar a la verdad, ver y afirmar "la rosa en la cruz del presente".

Desde esta perspectiva se percibe mejor el lugar de la fe en Dios. El está ahí no para imponernos el trabajo de la vida o la carga de la moral. Al revés: Dios está, repitémoslo, como fundamento y fuente del ser para ayudarnos a llevar la carga de la finitud y construir en ella una existencia digna. Esta es la gran maravilla del "Dios con nosotros": que está en nosotros, con nosotros, soportando a nuestro lado la carga de la vida. Dios, "el gran compañero".

Pero no está de un modo pasivo. Whitehead continúa en su definición: "el que sufre con nosotros", "el camarada en el sufrimiento". Cuando la marcha de la existencia toma el rostro terrible del mal, él no lo quiere, se le opone, lo sufre con nosotros, y a nuestro costado lucha para vencerlo. Recordemos la Biblia: Dios se preocupa del huérfano y de la viuda, del esclavo y del extranjero e incluso de los animales: "el séptimo día descansarás, para que descansen tu buey y tu jumento, para que tengan un respiro tu siervo y el forastero" (Deut 23,12). A Jesús lo vemos en el evangelio reflejando en todos sus gestos esta bondad y esta preocupación. Cuando en el libro de los *Hechos* lo recuerden, lo definirán como "el que pasó haciendo el bien" (Hch 10,38). Y en su vida él no nos había encargado otra cosa: ¿que significa el "mandamiento" del amor --no nos dejó otro-- sino un encargo de lucha concreta contra el mal en todos los frentes?

Esta, en definitiva, es la verdad que importa. Aclarado lo esencial con la teoría para poner un dique al sinsentido y a la desesperación, lo que se impone es la praxis. No teorizar sino actuar. Y actuar solidariamente a favor de los demás contra todas las formas del mal. Desde las más íntimas a las estructurales, es decir, a las que se instalan en los mecanismos del poder que acumula a costa de los demás en los mil rostros obscenos de la

explotación social, económica y política. El mal aparece en el sufrimiento físico, en la miseria moral, en la marginación del campo y los suburbios, en los que padecen la hipocresía de la "sociedad de los dos tercios", en la expoliación del tercer mundo y su encadenamiento a la piedra de Sísifo de la deuda externa. En este sentido, la conciencia cristiana tiene que aguzar la lucidez y fomentar la creatividad, para desenmascarar la perversidad de esos mecanismos demoníacos: con su denuncia y su compromiso debiera ser la epifanía o manifestación de la compañía, sufriente y solidaria, de Dios en la historia del hombre.

Porque verdaderamente, en Jesús toda la actitud de Dios entre los hombres acaba revelándose como un continuo esfuerzo por combatir el mal, la opresión, el sufrimiento. Alguien lo dijo con acierto: Dios el anti-mal.

f. Dios, el salvador

Con todo, alguien podría decir: muy bien, resulta grande la solidaridad y consoladora la compañía. No es poco, pero ¿es suficiente? ¿no será demasiada impotencia, no acabará siendo insoportable una tragedia que amenaza con devorarlo todo, Creador y creatura? En realidad, un Dios así parece que, en definitiva, nos dejaría totalmente desamparados: al cabo, tan impotente él como nosotros ante la marcha inexorable del mundo.

La pregunta es entonces si esa impotencia radical no le quita todo el sentido a la fe en la creación --¿valía la pena?-- y vacía de contenido la idea misma de Dios: absorbido por un dinamismo más grande y poderoso que él mismo.

Afortunadamente lo dicho no es todo: el Misterio se ofrece más abarcante y más glorioso. Siempre la humanidad ha intuido una profundidad ulterior. La definición continúa: Dios es "el que comprende". No estoy seguro de lo que Whitehead quiso decir exactamente. Pero en la frase se insinúa bien el horizonte último del misterio divino. Dios respeta la historia y la salva sólo en cuanto es posible precisamente sin destruirla, pero no queda absoluta y totalmente limitado por ella. Por eso él es *el que comprende*, pues no está prisionero por el horizonte empírico en cuyo interior nos movemos nosotros, pero que no lo abarca a él, que lo ha creado y lo funda.

A la intuición primigenia de la presencia de Dios, al barrunto de su existencia pertenece justamente el percibirlo como lo otro de la limitación del mundo, como el que da razón de ella y la fundamenta. Es decir, como el que por definición la desborda y en modo alguno le está sometido: por eso mismo puede fundarla (Kierkegaard, con su característica agudeza intuitiva, había dicho ya magníficamente en su *Diario* que sólo la omnipotencia puede asegurar la consistencia de la creación y respetar la libertad). La tradición cristiana lo expresó también en otra gran metáfora: Dios es "Alfa y Omega", principio y fin, horizonte omnicompreensivo.

Dios envuelve el todo de la realidad y lo sabe todo, conoce todo. El sabe, y así nos lo ha revelado también a nosotros, que el sufrimiento, la lucha por la vida, la oscuridad que tantas veces nos angustia, está envueltas por el origen infinito de su seno creador y por la profundidad igualmente infinita de su amor que nos espera. Nos movemos ya, por lo tanto, dentro de su salvación, dentro de su felicidad anticipada.

Resulta admirable como la fe religiosa de todos los tiempos supo descubrir esta verdad. Toda religión habla, de una manera o de otra, de inmortalidad, de expansión de todos los seres en el ámbito acogedor de lo Divino. La religión habla de *salvación*. La fuerza del mal y del sufrimiento no impidió a la humanidad ver que, más hondo que cualquier oscuridad, todo está traspasado por la luz del dinamismo divino, que es al mismo tiempo fuente y horizonte. Algo nos ha dicho desde siempre que el sufrimiento humano no es una maldición absoluta y que incluso tendrá un final en la comunión definitiva con Dios.

Una comunión que ya no entendemos, porque nos desborda, pues rompe por definición los límites de la historia, las fronteras de la finitud y nuestra estrecha comprensión de la vida. Pero la intuimos de alguna manera, como la intuyó el autor del citado salmo 73: si estamos con Dios y Dios con nosotros, podemos estar tranquilos; nada

podrá romper definitivamente esa comunión. En definitiva, nada importa, por terrible que sea, ni en este mundo ni en el otro, porque el amor de Dios es infinito y es *nuestro*. En el fondo, la salvación es eso: participar en la vida infinita de Dios.

Y ni siquiera este misterio está totalmente alejado de nuestra experiencia mundana. Lo perciben en los últimos estratos de su ser las personas que se quieren de verdad: lo que tiene una lo tiene la otra --"todo lo mío es tuyo; todo lo tuyo es mío"--: si Dios se nos ha entregado, nuestro es todo lo que él tiene. Lo saben los que, a pesar de todo, luchan por la justicia, o creen hasta la muerte en la libertad y la fraternidad; los que, contra toda apariencia, siguen convencidos de que hay más dignidad y más realidad humana en la víctima aplastada que en el verdugo triunfante. Oscuramente, en el mal espejo de una experiencia desgarrada, percibimos que nuestra finitud histórica comulga con la riqueza infinita de Dios, que la está alimentando secreta pero constantemente y que un día emergerá de modo definitivo. Entonces sí, los límites se romperán y las barreras estallarán. Esa es la salvación, la felicidad plena, la vida eterna.

Es importante esta categoría de *vida eterna*. Sirve para prevenir un malentendido. Llamarle "eterna" indica que no la poseemos todavía en su plenitud. Pero llamarle "vida" -- *nuestra* vida, que no tenemos otra-- nos avisa que, de todos modos, ya la tenemos ahora. No se trata de una mera promesa para el más allá; menos aún, de un consuelo envenenado para adormecer las reivindicaciones justas. Se trata, por el contrario, de una vida ya presente y operante, de un dinamismo que marca ya nuestro camino, de una esperanza viva que refluye sobre nuestra conducta actual. La dura lucha por la vida no desaparece, pero la experiencia religiosa --la cristiana de un modo especial en la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret-- capta que esa lucha está ya iluminada y traspasada por la luz infinita de la vida eterna.

Como experiencia individual, San Pablo lo anunciaba al afirmar que se sentía libre en las mismas cadenas. Incluso en el sufrimiento y en las limitaciones de la vida, podemos hacer pie en esa profunda eternidad, en ese ahora de Dios, que nos permite descansar en él y saber que, pase lo que pase, estamos viviendo algo sin fronteras. La vida eterna es la vida que tenemos ya ahora: una vida frágil, pequeña, temporal; pero que lleva dentro una "fuente de agua viva" que nada ni nadie podrá ya apagar.

Como actitud social, sucede algo semejante: conseguiremos poco en la mejora del mundo, pero esa pequeña mejora tiene un costado definitivo, de valor imperecedero. Por eso vale siempre la pena el trabajo por los demás, aunque queden sin resolver muchos problemas y aunque amenace el fracaso. Esto libra tanto del absolutismo del todo o nada como del escepticismo del "para qué": se puede entregar la vida en una cruz por amor a lo posible, aun sabiendo que el mundo no se va a arreglar del todo.

3. "Dios es negra" (teología feminista de la liberación)

Llegamos a la tercera metáfora, que, sin duda, resulta provocativa, como corresponde a un eslogan. La conservo en la memoria y ni siquiera sabría dar la referencia exacta. En todo caso, la han usado la teología negra de la liberación y el feminismo cristiano: "Dios es negra".

Un acierto genial, porque junta de modo admirable dos vectores fundamentales. Dios es *mujer*, contra todo ese patriarcalismo trasnochado con que seguimos gravando la idea de Dios. Es mujer *negra*, contra un Dios elevado, dominador, producto y posesión de los poderosos. Porque Dios no hace distinción de sexos ni de razas y, desde luego, si *nosotros* discriminamos, él se pone siempre al lado de los débiles, de los marginados, de los aplastados por la sociedad y la historia.

a. El derecho religioso del feminismo

Hablemos primero de la mujer. El feminismo no es una simple curiosidad ni su movimiento, una de tantas iniciativas "típicas" que pueden ser miradas con curiosidad o aun con cierta simpatía distante, pero que no merecen la consideración seria de la teología ni un espacio importante en la iglesia. El movimiento feminista constituye hoy una sacudida mayor en la conciencia de la humanidad; representa una batalla clave en el avance

hacia un futuro más humano: la de la igualdad, la liberación y la dignificación total de la mujer. Se miente cuando se habla de "humanidad", pues en realidad sólo se habla sin restricción de una parte, justamente de la mitad. No existe un futuro verdaderamente común, mientras una parte de los humanos acapare privilegios a costa de robar derechos a la otra.

El mismo Vaticano II señala entre las marcas profundas de nuestro tiempo el hecho de que la mujer "reclame la igualdad de derecho y de hecho con el varón" (*Gaudium et Spes*, n. 9). Y de hecho, existen también muchas feministas creyentes e incluso teólogas. Pero desgraciadamente no es lo dominante. Resulta profundamente penoso que en grandísima medida --como por lo demás ha sucedido con casi todos los grandes movimientos de emancipación en el mundo moderno-- el feminismo tenga que promoverse fuera de las iglesias y muchas veces frente a ellas. Cuando para cualquier conciencia cristiana debería ser facilísimo percibir que el feminismo constituye un dinamismo radicalmente humano, que nace del fundamento último y de la fuente originaria. Expresado en términos de fe: es un dinamismo sustentado y promovido por el Dios creador y plenificador de la humanidad.

Y lo curioso es que también aquí la intuición religiosa fue lúcida desde el comienzo. Captó que Dios no podía ser "macho", como con tan alegre irresponsabilidad tendemos a hacerlo. Mircea Eliade, el gran fenomenólogo de la religión, subrayó bien el hecho: en muchísimas culturas primitivas los dioses primordiales son *andróginos*, es decir, ni "masculinos" ni "femeninos", sino ambas cosas juntamente. Y ya se comprende que no había en ello alusiones pornográficas, de travestismo u otras frivolidades por el estilo. Se trataba de simbolizar el poder creativo, la fecundidad creadora propia de la Divinidad. Pues si lo Divino constituye la fuente última de la realidad, es porque posee en sí la capacidad integral de engendrar, de dar la vida. Lo que el hombre y la mujer pueden hacer tan sólo uniendo sus parcialidades, la Divinidad lo incluye unitariamente en su plenitud propia. Lo que nosotros somos de lejos y en la división de los sexos, lo es Dios en la infinita fecundidad de su unidad creadora.

Algo de eso quiere decir también el dogma de la *Trinidad*. Un dogma de enorme fuerza simbólica, que no podemos pensar con la cabeza, porque rompe todos los esquemas lógicos. Pero sí podemos vislumbrarlo en lo que quiere decir. Nosotros tenemos que ser dualidad, división y pluralidad para que haya humanidad real: tiene que haber la mujer frente al hombre y el hombre frente a la mujer, en la comunión mutua y, con suerte, en la fecundidad del hijo. Pues bien, la Trinidad está diciéndonos que Dios es en sí mismo, en la comunión infinita de su misterio unitario, eso que, parcialmente y muy de lejos, nosotros intentamos ser en la pluralidad de los sexos y en la comunión del hombre y la mujer.

Por eso Dios es plenitud societaria: Dios es "hombre" y es "mujer" y es "hijo". Lo es, naturalmente, de una manera simbólica, misteriosa, por elevación. Dios incluye en sí la maravilla de la comunión amorosa y la gloria fecunda de la paternidad y la filiación. No puede extrañar que algunos Padres de la Iglesia hayan hablado del Espíritu Santo justamente como *esposa*, como lo femenino en Dios (ayudados por el hecho de que en hebreo "espíritu", *ruaj*, es femenino).

Nos movemos, repito, en el ámbito del símbolo y de la metáfora. Pero, en todo caso, se nos dice con seguridad que Dios no es macho ni dominador, ni siquiera padre neolítico o gran patriarca nómada. Es más bien eso que intuimos a través de la comunión auténtica entre el hombre y la mujer; es maternidad y paternidad; es amor fecundo y sin discriminación. Resulta evidente que no podemos en absoluto considerarlo más masculino que femenino, más varón que mujer. Dios es por elevación --*via eminentiae*, que decían los escolásticos-- lo que presentimos como valor supremo que se manifiesta a través de lo mejor del hombre y de la mujer.

b. "En Cristo no hay varón ni mujer"

Se comprende, pues, que desde una sensibilidad religiosa viva y honesta resulte intolerable que en nombre de Dios se les quite algún derecho a las mujeres. Algo que hay

que aplicar también a la Iglesia: en la comunidad de los creyentes --que ya no es biología sino cultura y espíritu-- no se puede decir que exista alguna cosa que puedan los hombres y no las mujeres o que puedan las mujeres y no los hombres. Todo lo que vaya por la línea de la dignidad, para la acción comunitaria, por el servicio y la relación con los demás debe ser totalmente igualitario.

De modo admirable, la Biblia, en lo más decisivo de su dinamismo genuino, resulta cristalina al respecto. En el comienzo mismo, en un verso que encantaba al gran teólogo Karl Barth, dice el libro del Génesis: "Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gén 1,27). A través de ese juego admirable de singular y plural, de dualidad y unidad brilla, tal vez lejana pero clara, la cumbre del misterio: el hombre es indisolublemente varón-hembra, hombre-mujer; la humanidad sólo en esa comunión resulta íntegra y verdadera, sólo así es la imagen que representa a Dios. La Biblia es para nosotros un libro inspirado, pero eso no quita que esté escrita por hombres en un contexto patriarcal y acaba teniendo, por fuerza, frases, normas e instituciones machistas. Pero eso sucede *a pesar de* su intuición fontal, que permanece siempre y orienta críticamente su dinamismo más profundo.

Dinamismo que emerge con fuerza culminante en Jesús de Nazaret. Acostumbrados a leer los Evangelios, apenas lo advertimos. Pero en su tiempo y en su ambiente el trato de Jesús con las mujeres --por su respeto, por su sentido igualitario, por su amistad libre, por su ternura no disimulada-- se sale con mucho de lo normal. El gran conocedor de aquel tiempo, el exegeta alemán Joachim Jeremias, habla de conducta "escandalosa" de Jesús, por su libertad en el trato con las mujeres, sin rehuir siquiera el de las llamadas "de mala vida". Todos recordamos espontáneamente escenas en las que él defiende cuando todo el mundo ataca, en las que el consiente cuando el fariseo se escandaliza.

Resulta, en consecuencia, descorazonador pensar que también hoy la Iglesia escandaliza en este asunto. Pero que escandaliza, escandalizamos, al revés, en la dirección contraria: porque no estamos siquiera a la altura de nuestro tiempo. Jesús se adelantó al suyo, justo porque desde su intuición original trataba a todas y a todos como personas, hijas e hijos de Dios, paritaria e igualmente situados ante él, ante la mirada del Padre que no discrimina. La actitud de Jesús aparece abierta: no hay en él reservas ni complejos.

Y su actitud no era asunto privado ni quedó sin repercusión. Poco después Pablo escribe una frase genial, que, tomada en serio, evitaría muchas disquisiciones teológicas desenfocadas: "en Cristo ya no hay más... varón ni mujer" (Gál 3,28). Por lo tanto todo lo que sea marcar desigualdades --sean las que sean-- entre personas por razones de sexo, resulta literalmente anticristiano, va contra el núcleo mismo de la experiencia evangélica. En Cristo no hay varón ni mujer, porque hay únicamente la comunión de las personas, la apertura a Dios, el respeto y la igualdad en la fe.

Esta igualdad tenía tal fuerza en la iglesia primitiva, que, según una hipótesis seria, parece que san Pablo tuvo que dar marcha atrás. Las innovadoras teorías cristianas habrían provocado una tal dignificación y emancipación de las mujeres, con un tal protagonismo en las comunidades e incluso en el culto, que escandalizaron el ambiente pagano de aquel tiempo. Hubo entonces que recoger velas, y eso explicaría aquellas frases desafortunadas de que "la mujer calle en la iglesia", que "pregunte a su marido", que se "le someta"... Frases que dieron a Pablo fama --a lo que se ve, injusta-- de misógino.

Esa marcha atrás continuó en la historia hasta hoy. Sólo que el peligro no es ya tanto el de ese tipo de frases, sino la estrategia de subir tan alta la sublimidad de la frase central, que se la prive de eficacia concreta en los roles reales y en las funciones cotidianas.

Al señalar todo esto, no interesa --espero que el tono de la reflexión lo deje suficientemente claro-- la crítica ácida ni la polémica agresiva. Importa sólo la dignidad de la fe y la justicia con la mujer. Importa lograr al menos que el feminismo funcione en nuestra iglesia como "profecía externa" que nos recuerde las propias raíces. Importa contribuir entre todos a que dentro de la Iglesia se implante la opción decidida por la dignificación de la mujer, por su igualdad absoluta en todos los aspectos. (Y cuando la sensibilidad se ha despertado, este mismo modo de hablar resulta ya incómodo, por

"protector" y quiera Dios que no por "machista". Lo ideal sería no tener que hablar, porque el problema estuviese ya disuelto en la igualdad real; algo parecido a lo que decía Séneca acerca de los perfumes: "el mejor olor en el cuerpo es ninguno").

La verdad es, en todo caso, que eso no sería más que ponernos, simultáneamente, a la altura de nuestro tiempo y a la de la fe originaria. El cristianismo empezó introduciendo una revolución feminista en la historia, pero hoy anda más bien al revés. Algo parecido a lo que sucedió en el terreno social. Como en este caso, sería bueno que despertase la conciencia de las mujeres y los hombres cristianos, logrando que nuevos movimientos retomasen el impulso original. Colaborando con los demás y reconociendo los propios fallos, ayudaríamos a hacer avanzar la justa bandera del feminismo, haciendo visible que también en él está Dios. Sentir su mirada acogedora acaso nos ayudaría a todos a evitar errores y aportar generosidades.

c. A los pies de la humanidad

Pero en el eslogan "Dios es negra" había otra connotación fundamental, que hemos dejado aparte para no complicar el discurso, pero que ahora cumple retomar. Alude a la *negra* historia del sufrimiento de los negros, y a lo que tiene de símbolo de todas las esclavitudes y todas las opresiones de la humanidad. Ya lo hemos aludido al hablar de la segunda metáfora, pero no sobra repetirlo. Porque es verdad --una verdad que nos cuesta mucho aprender-- que Dios está siempre con los que sufren, con aquellos que son injusticiados por la sociedad egoísta. Jesús lo dijo con toda fuerza y, en última instancia, dio su vida por eso: lo mataron por proclamarlo y comprometerse activamente en mostrarlo con su conducta. Como mataron a monseñor Romero, a los jesuitas del Salvador y a tantos hombres y mujeres humildes y anónimos que entraron por el mismo camino. Los mártires no son una idea abstracta, son de siempre y están a nuestro lado.

Conviene que nos esforcemos en acostumbrarnos a ver siempre a Dios así. Ese es su lugar. Pero como individuos y como iglesia nos resistimos continuamente a aceptarlo con toda consecuencia. De Dios casi siempre se apoderan los que tienen poder, cultura y prestigio social. En cualquier curia eclesiástica pesa más la voz de un ciudadano que la de cien campesinos de aldea. Sin malicia consciente las más de las veces, pero de modo inexorable, si no estamos --y hablo en primera persona del plural-- en guardia frente a la tendencia normal y a la inercia social.

Por algo Jesús, desde el primer momento de su predicación, trastorna nuestro "orden" y alerta contra la terrible trampa, en la que encima tratamos de incluir a Dios como cómplice. "Bienaventurados los pobres", dijo de palabra; y de obra, se situó abajo, donde siempre se ha situado y se sitúa Dios: a los pies de la sociedad. Justamente porque nos quiere a *todos*, empieza por los últimos: sólo desde ahí es posible aspirar a la igualdad real, no a la mera proclamación de palabra. Por eso lo dejó bien claro: donde hay discriminación, donde están los negros, donde alguien es marginado, sea por el motivo que sea, allí está Dios. Y allí nos llama también a que nos situemos nosotros: "Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn 13,13-15).

Verdaderamente, Dios es negra, como símbolo de dos de las grandes opresiones de la humanidad: la opresión racista y con ella la social y la económica, por un lado; la opresión machista, con todo lo que comporta, por otro. Y no sobaría traducir en concreto el eslogan, para que no acabe edulcorándonos en el sonsonete de lo repetido, perdiendo así su escándalo y su desafío. Decir, por ejemplo: "Dios es mora", "Dios es criada", "Dios es gitana"...

Tomado en serio, este desafío significa opción por los pobres, movilización de la conciencia eclesial contra la explotación de todos los "negros", que pagan con su hambre, su mortalidad infantil, su esclavización política y su colonización económica el acaparamiento que los "blancos" hacen de la cultura, del dinero, del poder e incluso de la religión.

4. Dios es "Padre"/Madre (Jesús de Nazaret)

La última metáfora, el último símbolo que vamos a analizar es el de "Dios Padre/Madre". Al lado del título ponemos, naturalmente, Jesús de Nazaret. Ciertamente que no ha sido él quien lo inventó, pero sí, el que lo ha clavado indeleblemente en la historia y el que lo ha elevado a su más alta significación teológica y a su más concreta realización vital. Viene al final, porque no es independiente de los anteriores, sino que los continúa y los resume en sí mismo: de ese modo los eleva a ellos, al tiempo que ellos lo cargan de compromiso con la dura y aristada realidad (evitando acaso derivaciones sentimentalistas). Por otra parte, después de lo que acabamos de decir a propósito de "Dios es negra", no precisamos subrayar que es tan padre como madre: que conjunta en sí toda la maravilla que intuimos y palpamos en esos dos amores que mantienen la vida en la tierra y que constituyen la urdimbre más íntima de todo hombre y de toda mujer, que por algo, antes de nada, somos hijas e hijos de nuestros padres (lástima que no tengamos una sola palabra que pudiese expresar esto).

a. Una ternura realista

Puesto que no se trata de un símbolo aislado, todos los otros confluyen de alguna manera en él. En la paterno-maternidad culmina lo que antes decíamos de Dios como fundamento y fuente del ser. Dios es fuente y fundamento, pero no como algo impersonal, al modo de un absoluto monista e de una idea abstracta. Lo es como madre y padre: nos pone y sostiene en el ser, porque con toda intención nos crea y con todo amor quiere estar con nosotros. Por eso es también compañero en el sufrimiento y la discriminación.

Esa presencia de los otros símbolos nos recuerda, a su vez, la objetividad y dureza de la vida, así como el respeto de Dios por el mundo y la libertad. Quiere ser padre/madre de verdad; pero no de un modo superprotector que nos evite las dificultades, manteniéndonos en una dependencia infantil. Nos hace libres, nos crea creadores y nos empuja a caminar por nuestro propio pie, aunque muchas veces podamos tener la sensación de que nos abandona y aun de que nos rebelamos contra él. Nos quiere libres y autónomos: *hijos*, en el sentido paulino de no-niños y no-esclavos (Gál 4,1-7). No es el *gran papá* que nos mantiene encogidos, sino el *padre* que nos indica el camino y asegura la compañía, pero que pone el mundo en nuestras manos.

El psicoanálisis ha puesto en el ambiente una sospecha de proyección infantil en todo esto. No está mal tomar nota, para afinar la sensibilidad y corregir abusos, que son reales. Pero la experiencia religiosa sería, aunque reconoce el peligro, sabe de siempre que la acusación no es verdadera. Incluso llega a proclamar cierta inversión: más bien, los hombres y mujeres somos padres y aprendemos verdaderamente a serlo desde el misterio de la paternidad divina. Lo dice expresamente san Pablo: "Por esta razón doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3,14-15; el griego *patria* significa "familia" y "paternidad", pues ésta funda a aquélla: *pater*, "padre").

Eso no niega el hecho de que normalmente llegamos a la idea de Dios padre/madre a través de la experiencia que tenemos de nuestros padres: en su modo de ser con nosotros - desde el mismo rostro lleno de amor volcado sobre nuestra cuna, como magníficamente ha analizado Hans Urs von Balthasar-- intuimos el ser íntimo de Dios. Pero cuando la reflexión avanza, comprendemos que, en el fondo, todo es al revés: justo porque Dios nos pone con todo amor en el ser y nos apoya con pasión sin medida, puede haber padres y madres que, imitando a Dios y potenciados por él, son capaces de poner hijos en el mundo y acompañarlos con su amor. No somos nosotros quienes hacemos a Dios padre; es Dios quien quiere ser nuestro padre y nos da la posibilidad de ser hijos y de ser padres.

(Esto tiene una importante aplicación al *problema pedagógico* de enseñar la paternidad de Dios en una sociedad como la nuestra, donde la experiencia filial es tantas veces traumática. Creo que sería un grave error renunciar a esa verdad suprema, precisamente cuando más se la necesita. Lo que conviene es acertar con el modo: no una presentación indiscriminada, sino atenta a las experiencias diversas; ni, en muchos casos,

una exposición directa, sino apoyada en el deseo y la nostalgia del padre que no se tiene. Es preciso, desde luego, tener cuidado con los fantasmas y las ilusiones del deseo, pero la cautela y el realismo no deben llevar al abandono del Padre que --de verdad-- se tiene).

Lo cierto es que la revelación ha ido descubriendo que Dios ejerce su paternidad con una entrega y una ternura que sobrepasan toda expectativa. Se preocupa de sus hijos y "no olvida ninguna de sus criaturas". Ya en el Antiguo Testamento --donde, por motivos culturales de miedo a los cultos de la fecundidad, hay una fuerte reserva en este punto-- se llega a afirmar que Dios no sólo es padre, sino mucho más que una madre: "¿Puede una madre olvidarse de su criatura, / dejar de querer al hijo de sus entrañas? / Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré" (Is 49,15). En el Nuevo Testamento, con la entrada de Jesús en escena, todo se multiplica y como desborda.

No podemos comentar ahora todo lo que implica la denominación --casi exclusiva de Jesús y, desde luego, típica en su intensidad y constancia-- de Dios como *Abbá*. La ternura de un "papá" (esa es el sonido y la equivalencia del vocablo) volcada sobre la confianza infinita del niño, ese es el significado fundamental: de ahí la llamada a confiarse sin medida (como "los pájaros y los lirios del campo", "ni siquiera un cabello" ...), así como el anuncio del amor total y del perdón sin condiciones. Pero no se trata de una ternura freudianamente infantilizante: esa palabra está pronunciada por los labios recios de un hombre que supo, siendo de origen humilde, desafiar a las autoridades políticas y religiosas, y que fue capaz de pagar con la propia vida. ¿Quién, con el Evangelio en la mano, se atreverá a afirmar que la fe en Dios como Padre es necesariamente ilusión que infantiliza?

Pablo y Juan lo comprendieron bien y trataron de sacar las consecuencias: el primero proclama que "nada nos puede apartar del amor de Dios" (Rm 8,39: del amor que Dios nos tiene); el segundo no sólo proclama aquella definición insuperable: "Dios es amor" (1 Jn 4,8.16), sino que hace explícito que ni siquiera el pecado o la condena de la propia conciencia deben infundirnos temor en su presencia: porque "Dios es más grande que nuestro corazón, y lo conoce todo" (1 Jn 3,21).

b. Un amor increíble

La verdad es que, cuanto más se piensa, mejor se comprende que, en realidad, *no somos capaces de creer en el amor de Dios*: de ese Dios que es padre/madre sin límite de egoísmo ni restricción de trauma o necesidad propia. No somos capaces de creerlo, porque nuestra experiencia no nos ofrece ejemplos suficientes: nuestro inconsciente está demasiado cargado de culpabilidad, nuestra conducta es demasiado agresiva y nuestras relaciones comportan demasiado egoísmo. De modo casi inevitable, trasladamos todo eso a Dios. No nos cabe literalmente ni en la cabeza ni en el corazón que su amor sea tan limpio, tan inusitadamente generoso. En cuanto bajamos la guardia, estamos transformando a Dios en amo exigente, en legislador apremiante, en juez justiciero: en todo, menos en el padre/madre que nos ama con un amor sin precio ni condiciones.

Precisamos mucho tiempo para ir alcanzando un mínimo convencimiento de que, si Dios es amor, eso quiere decir que todo su ser *consiste* en amarnos, que, por así decirlo, no sabe ni quiere ni puede hacer otra cosa. Que si, por ejemplo, Dios crea el mundo, tal creación no tiene ni puede tener otra finalidad que la de ponerse amorosamente a nuestro servicio, para darnos el ser y hacernos posible participar en su felicidad. Repitémoslo: no hemos sido creados *para* dar gloria a Dios, sino que *nosotros mismos* somos su gloria: "la gloria de Dios es el hombre vivo", decía ya en el siglo II san Ireneo, en frase que afortunadamente se está haciendo popular. Dios no necesita nada. Él sólo da y únicamente quiere dar, y no pide nada a cambio. Todo tan enorme y gratuito, que, insisto, somos incapaces de creerlo.

Permitidme contar algo que me pasó con mi madre (ahora que está muerta, que descansa en el Señor, puedo contarle tranquilamente; y acaso muchas personas se reconozcan en esta experiencia). Un día, no recuerdo ya con qué motivo, se me ocurrió darle las gracias. Le resultó tan inesperado, quedó tan sorprendida, que se echó a llorar,

quejándose de cómo le decía eso a ella, que no volviese a repetirlo. Para ella era tan natural hacer todo lo que podía por mí, por su hijo, que le parecía una ofensa que yo le diese las gracias. La entrega era lo normal, lo que ni siquiera se advierte: su ser de madre consistía en querer a sus hijos, en darles todo y dárselos toda.

Naturalmente, no recuerdo esto para gloriarme de mi madre ni para decir que fuese más perfecta que las demás. Es más bien para indicar cómo incluso en nuestra experiencia humana aparecen rasgos, que, como chispazos súbitos, nos permiten presentir lo que puede ser ese amor incomprensible, ese amor increíble de Dios.

Pero nuestro imaginario está poblado de monstruos y nuestros hábitos mentales están llenos de imágenes que nos impiden verlo y nos lo deforman continuamente. Tenemos que *servir* a Dios, tenemos que *cumplir* con Dios, tenemos la *obligación* de ir a misa, de *guardar* los mandamientos... Todo como si Dios estuviese allá, poderoso, impositivo, exigente; y nosotros aquí sometidos y expectantes, a la espera del premio o con miedo al castigo. Verdaderamente, estamos siempre haciendo a Dios a nuestra imagen y semejanza. Y, como somos pequeños, como ponemos precio a todo relacionándonos en el pago y el intercambio, no nos atrevemos a imaginarnos a Dios de otra manera. No nos atrevemos a creer, vitalmente, visceralmente, que él es padre gratuito, madre entregada, y nos empeñamos en hacerlo juez justiciero.

Menos mal que Dios se niega siempre, con la invencible terquedad del amor, a entrar en el papel que nos empeñamos en asignarle. Me gusta aclararlo con la parábola del padre bueno y el hijo pródigo:

El hijo de la parábola ofende gravemente a su padre hiriéndolo en lo más íntimo: no quiere tener ya nada con él, le pide la herencia y se marcha de casa. Vive de mala manera y lo malgasta todo, hasta que llega un momento en que la miseria y el abandono lo llevan a caer en la cuenta de que ha obrado mal. Entonces recapacita: comprende lo que ha perdido y el dolor que ha causado. Se arrepiente y decide volver a su casa. Pero ahora, cargado de culpabilidad, en su imaginación el padre se ha convertido en juez: "Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros" (Lc 15,18-19). He ahí el mecanismo de la proyección culpable: Dios se nos aparece a nuestra imagen y semejanza, tal como actuaríamos nosotros, pidiendo cuentas, castigando, vengándose.

Afortunadamente, Dios, igual que el padre de la parábola, no acepta el rol que compulsivamente le atribuimos. El nunca ha dejado de ser padre y se niega en redondo a ser juez. Sigue siendo el de antes: el padre que sufre por la desgracia de su hijo y lo espera cada tarde, que no piensa en la herida propia sino en el daño que el hijo se está infligiendo a sí mismo. Él nunca lo ha condenado, ni ha dejado de amarlo un solo momento. Por eso cuando llega, el padre no se pone a reprenderlo ni siquiera lo "confiesa" o interroga: qué has hecho. Y desde luego, no le impone una penitencia, no pone precio al perdón. Simplemente, se alegra, le sale al encuentro, lo abraza y hace fiesta. El hermano, naturalmente, no lo comprende.

Igual que los fariseos no podían entender la actitud de Jesús con los pecadores. Igual, repito, que tampoco nosotros podemos comprender el amor y el perdón de Dios. Nos resulta demasiado grande y demasiado gratuito. Rompe demasiado nuestros esquemas. Y, sin embargo, no hay nada más coherente con todo el movimiento profundo de la revelación bíblica de Dios. Esa revelación a cuya irradiación debemos exponernos, venciendo la resistencia a dejarnos convencer por ella. En realidad y bien mirado, el progreso en la vida cristiana no es en otra cosa: consiste en ir aprendiendo a creer en el amor de Dios, a fiarse de su perdón, a dejarse transformar por esa certeza salvadora.

c. Una aclaración: nosotros sí podemos fallar

Y aquí conviene hacer una aclaración, Más de una vez se me ha objetado que lo que digo de Dios es "demasiado bonito"; lo que significa, a la vez: demasiado bello para ser verdad y demasiado idealista; en una palabra, demasiado alejado de las cosas de la vida real, que, desde luego, no son así. Contesto siempre lo mismo: yo hablo del amor *de Dios*,

del amor que *él* nos tiene; no hablo de nuestra respuesta. Y entonces hay que reafirmarse en lo dicho: no sólo no es demasiado, sino que siempre e inexorablemente es demasiado poco. Por mucho que digamos, siempre nos quedaremos cortos y mezquinos, a años luz del amor real e infinito de Dios.

El *realismo*, en este caso, la deficiencia y el posible abuso, sí, acechan siempre; pero vendrán sólo de nuestra parte. Nada hay más vulnerable que el amor y de él siempre se puede abusar. En la relación humana más tierna y delicada es preciso andar siempre con un cuidado exquisito para no aprovecharse del otro: de su entrega, de su confianza, de su incapacidad para vengarse. Con Dios, eso resulta todavía más fácil, pues también aquí cabe la proyección al revés: convertir su amor en la tapadera de nuestra pereza o en pretexto de nuestro egoísmo.

De hecho, las nuevas generaciones, las que han tenido la suerte de ser educadas en una imagen de Dios menos tétrica y más gratuita, empiezan ya a percatarse de este peligro: todo puede parecer demasiado obvio, sin exigencia, sin tensión hacia adelante, pasivo. Ciertamente, nada humano resulta perfecto; cada visión tiene sus puntos ciegos y sus dificultades propias, que habrá que afrontar con lucidez y rigor. Acaso por ahí pase uno de los cometidos importantes de los creyentes más jóvenes.

En todo caso, a la generación adulta le toca lo otro: romper la imagen "blasfema" del Dios justiciero y castigador, del Moloch opresor que a tantos ha apagado la alegría de la vida y el gozo del amor.

Y no se piense que así se predica el descompromiso o el inmoralismo. Todo lo contrario. Podemos estar seguros de que, si de verdad creyésemos en ese amor, nuestra vida cambiaría. Porque si es cierto que el amor es frágil y vulnerable, también lo es que no existe nada más fuerte y exigente. Sólo que la exigencia es distinta: nace de dentro y no genera resentimiento; tiene el sentido de la gratuidad, la alegría y la autonomía. Aquí es donde ha de ponerse el énfasis: en ser sinceros y claros cuando se hable de amor, abriéndose al diálogo y exponiéndose a la crítica, vigilando la propia conducta para no incurrir en el autoengaño de revestir con él la pereza o el egoísmo.

Pese a todas las necesarias cautelas, en definitiva, no hay cosa que transforme más la vida de una persona que el saberse amada de verdad. Si nosotros nos convencemos de que Dios nos ama con todo su ser, de que no piensa en otra cosa que en nuestro bien, de que es absolutamente incapaz de castigar, de que lo único que le importa es potenciarnos y ayudarnos a ser lo más realizados y felices posible, la vida cristiana resultará distinta. No hablemos ya de las consecuencias que traería para la predicación, para la presentación de la moral, para el modo de concebir la espiritualidad.

d. Padre "nuestro"

El interés por subrayar la necesidad de este cambio de fondo, confiere a toda la exposición un tono acaso demasiado intimista. Un peligro que hay que reconocer, pero que, esperemos, no resulta insuperable. La cuestión está en la sinceridad, la autenticidad y la consecuencia con que se asuman esos presupuestos. Si de verdad logramos convencernos, grabando la actitud en el propio corazón, tendrá por fuerza consecuencias externas. El amor es por esencia comunitario, no existe más que en la apertura a los demás. Un corazón cambiado acaba entregándose a su entorno y transformándolo. Como decía san Pablo, el amor es de espíritu amplio, es servicial, no busca su conveniencia, no simpatiza con la injusticia... (cf. 1 Cor 13).

Por algo rezamos a *nuestro* Padre, al Padre de todos; y, si no, no le rezamos. Como en todo lo verdaderamente esencial, también aquí la conciencia religiosa vio siempre con justeza: desde Dios todos somos hermanos. Lo que cumple es clavar bien hondo esta idea, encarnarla en la entraña de nuestro ser. Entonces estaremos, por fuerza, creando fraternidad. Y la fraternidad auténtica es la única revolución permanente: la que no sustituye opresores viejos por opresores nuevos; porque, como tan vivamente ha analizado René Girard, sólo ella puede romper el círculo de la agresividad, la cadena demoníaca y sin fin de la violencia mimética.

Si creemos en la fraternidad, si logramos meter su dinamismo en la iglesia y en la sociedad, será posible mover montañas de injusticia. Eso no evitará la necesidad del estudio y del diálogo, de las mediaciones sociales y de las opciones políticas, pero las animará por dentro. Si realmente entramos en la dinámica del Dios que es padre/madre de todos, preocupado antes de nada por los más pobres, por los que sufren, por los humillados y ofendidos, entonces seremos realmente fraternales, trabajadores por la justicia, comprometidos por la libertad, dispuestos a la igualdad efectiva.

Y no hay otra fraternidad posible que la que asume estas consecuencias, no existe otro modo de ser hijos de Dios que la de ser hermanos de los demás. La teología de la liberación lo ha comprendido bien y por eso tiene tanto impacto en las conciencias; también en la de los que no creen. Más, lo tiene incluso en la de aquellos que matan a los que la elaboran y la practican: si los matan, es porque perciben instintivamente la eficacia de este amor fraternal anclado en Dios. Por eso asesinaron al principio a Jesús de Nazaret, y seguirán por desgracia asesinando...

Pero tampoco se trata de plantear siempre la cuestión desde el extremo heroico. La experiencia de Dios dentro de nosotros y su proyección sobre el hermano fuera de nosotros forman una unidad indisoluble. Jesús lo dijo como proclamación central de su vida en el mandamiento del amor, que por eso es único y por eso es "nuevo". Existe incluso una frase sorprendente, que viene de fuera del evangelio y por eso mismo muestra el enraizamiento de esta intuición en la vivencia religiosa de la humanidad. La refiere Plinio el Viejo y reza así en un latín un tanto difícil: *Deus est mortali iuvare mortalem*: "Dios es para el mortal ayudar al mortal".

Profunda e impresionante. ¿Qué o quién es Dios? Dios es que yo ayude a los demás; él se hace presente, *acontece*, allí donde se realiza el amor. En el fondo equivale a la definición de san Juan: "Dios es amor". Donde alguien ama, está haciendo presente a Dios, Dios está haciéndose real en la humanidad a través de él. O, si queremos --y de nuevo vemos cómo fracasa el lenguaje--, Dios, como fundamento y como fuente, está manifestándose y brotando en esa vida, porque verdaderamente Dios es para el mortal amar con sinceridad y compromiso al mortal.

Cuando se produce el amor, cuando se realiza la fraternidad, cuando se logra la comunión interpersonal, Dios está realizándose en medio de nosotros. Se hace visible como "compañero" a nuestro lado y como "padre/madre" fundando y animando la vida de la humanidad. Con su mensaje y con su vida, con su entrega a los pobres y su apertura a todos, Jesús es la "parábola" que lo hace inequívocamente visible. A través del tiempo, su palabra, como eco del amor del Padre, sigue llegando a nosotros, igual que llegó un día al doctor que dio pie para aquella otra narración inolvidable, la del Buen Samaritano: "Pues anda, haz tú lo mismo" (Lc 10,37).

Tengo la esperanza de que estas reflexiones hayan resultado comprensibles por sí mismas. Pero no se puede decir todo en cada ocasión, y ha sido inevitable dar por supuestas muchas cosas. En concreto, todo el modo de ver a Dios, su revelación y en general su

relación con nosotros; modo del que personalmente vengo ocupándome ya desde bastantes años. El lector interesado en aclarar, profundizar o discutir determinadas cuestiones puede acudir principalmente a las tres obras siguientes, que doy en su versión castellana (en ellas encontrará además otras referencias que puedan ayudarle):

Recuperar la salvación, ed. Encuentro, Madrid 1979

La revelación de Dios en la realización del hombre, ed. Cristiandad, Madrid 1987

Creo en Dios Padre: el Dios de Jesús, como afirmación plena del hombre, Ed. Sal Terrae, Santander 1986